



Desperté de la vieja pesadilla cuando el auto se detuvo y el motor quedó en silencio. La cabeza apoyada contra un cojín, el sueño me arrastraba como un ancla mientras yo trataba de recordar dónde estaba. No me hallaba en esa estación de servicio junto a la autopista sino en Colorado con mis padres, en medio de una mudanza.

—¿Qué les parece? —preguntó Simon, como mi padre prefería que lo llamara. Salió del viejo Ford que había comprado en Denver y extendió el brazo hacia la casa con gran dramatismo. En su entusiasmo por enseñarnos la nueva vivienda, su largo pelo castaño entrecano intentó soltarse. Techo en punta, paredes de tablas y ventanas mugrientas: la imagen no era prometedora. Pensé que, en cualquier momento, la familia Addams aparecería en la puerta principal. Me incorporé y me froté los ojos intentando apartar el terror que siempre me acechaba después de alguno de mis sueños.

—Querido, es maravillosa —Sally, mi mamá, a quien nada la intimidaba. Simon la llamaba en broma “el terrier de la

felicidad”: la sujetaba entre los dientes y se negaba a soltarla. Cuando descendió del auto, la seguí sin saber si estaba bajo el efecto del cambio de hora o del sueño. Las palabras que daban vueltas en mi cabeza eran “lúgubre”, “ruina” y “deteriorada”. A Sally, se le ocurrieron varias más.

–Creo que es fantástica. Mira esos postigos: deben ser originales. ¡Y la galería! Siempre me imaginé balanceándome en una mecedora mientras observaba la puesta del sol –los ojos oscuros brillaron con emoción y los rizos castaños se agitaron mientras subía saltando los escalones.

Habiendo vivido con ellos desde los diez años, hacía mucho que había aceptado que ambos estaban levemente desequilibrados. Habitaban en su propio mundo de fantasía donde las casas ruinosas eran “pintorescas” y el moho, “otorgaba calidez”. Al contrario de Sally, yo siempre me consideré una persona ultra moderna, y me imaginé sentada en una silla que no fuera refugio de insectos y un dormitorio que, en invierno, no tuviera hielo en las ventanas... del lado de *adentro*.

Pero olvidemos la casa: detrás, las montañas eran deslumbrantes y se erguían contra el cielo claro del otoño, las cumbres cubiertas de un manto blanco. Se extendían en el horizonte como un maremoto congelado en el tiempo, que se había detenido justo antes de desplomarse sobre nosotros. Con la luz de las últimas horas de la tarde, sus pendientes rocosas se habían vuelto rosadas, pero, donde las sombras caían a través de los campos nevados, se tornaban de un color azul pizarra. Los bosques que tapizaban las laderas ya estaban teñidos de dorado y los grupos de álamos semejabán un fuego amarillo contra los abetos oscuros. Pude distinguir

un teleférico y los claros que indicaban las pistas de esquí, que parecían casi verticales.

Tenían que ser las “*High Rockies*”, las montañas sobre las cuales había leído cuando mis padres me dieron la noticia de que nos mudábamos de Richmond-on-Thames a Colorado. Les habían ofrecido un año como artistas residentes en un nuevo Centro de las Artes de un pueblo llamado Wrickenridge. A un multimillonario local y admirador de sus obras se le había medido en la cabeza que al centro de esquí al oeste de Denver le hacía falta una inyección de cultura y mis padres, Sally y Simon, serían los encargados de aplicarla.

Cuando me dieron la “buena” noticia, consulté el sitio del pueblo y descubrí que Wrickenridge era famoso por sus setecientos centímetros anuales de nieve y no mucho más. Se practicaba esquí pero, como yo nunca había podido pagar el viaje escolar a los Alpes, quedaría a años luz por detrás de mis contemporáneos. Ya podía ver la humillación en el primer fin de semana con nieve cuando me arrastrara por las pistas para principiantes mientras los otros adolescentes descendían por las pendientes más difíciles.

Pero a mis padres les encantó la idea de pintar en medio de las montañas y yo no me sentí capaz de arruinarles su gran aventura. Fingí que no me molestaba dejar mi colegio de Richmond y a todos mis amigos y, en cambio, inscribirme en la escuela secundaria de Wrickenridge. En los seis años desde que ellos me habían adoptado, había logrado hacerme un lugar propio en el sudoeste de Londres. En medio del terror y el silencio, había superado mi timidez y logrado tener mi propio círculo de amigos, donde me sentía importante. Había clausurado las

zonas extrañas de mi personalidad como esos colores con los que había soñado. Ya no me fijaba en el aura de la gente, como hacía cuando era una niña, y trataba de relajarme cuando perdía el control. Era una persona normal... bueno, casi siempre. Y ahora me había lanzado a lo desconocido. Había visto muchas películas sobre las escuelas norteamericanas y me sentía bastante insegura con respecto a mi nuevo lugar de educación. Los adolescentes normales de Estados Unidos, ¿tendrían granitos y usarían ropa horrible de vez en cuando? Si las películas resultaban ser reales, nunca lograría encajar.

–Muy bien –exclamó Simon frotándose las manos en los muslos de sus jeans desteñidos, una costumbre que dejaba todas sus prendas manchadas con óleo. Estaba vestido con su estilo usual entre bohemio y andrajoso mientras que Sally lucía muy elegante con pantalón y chaqueta nuevos, que había comprado para el viaje. Yo estaba entre medio de los dos: con mis *Levis* razonablemente arrugados–. Vayamos a mirar el interior. El Sr. Rodenheim dijo que había mandado pintores. Prometió que arreglarían el exterior apenas pudieran.

Así que ese era el motivo por el cual parecía una pocilga.

Simon abrió la puerta del frente, que chirrió pero no se sorprendió de las bisagras, hecho que yo tomé como una pequeña victoria de nuestro lado. Era evidente que los pintores acababan de marcharse dejándonos de regalo las telas polvorientas, las escaleras, los tarros de pintura y las paredes a medio pintar. Husméé los dormitorios del piso de arriba y encontré uno pintado de turquesa con vista a las montañas y cama matrimonial. Tenía que ser para mí. Después de todo, quizá las cosas no resultaran tan terribles.

Con la uña, raspé las salpicaduras de pintura del viejo espejo que había encima de la cómoda. La chica pálida y solemne reflejada en él hacía lo mismo mientras me observaba con sus ojos azules oscuros. En la penumbra, tenía un aspecto fantasmal: su largo cabello rubio se curvaba en bucles rebeldes alrededor del rostro ovalado. Se veía frágil, sola, prisionera: una Alicia que nunca logró regresar a través del espejo.

Me estremecí. El sueño continuaba atormentándome, atrayéndome hacia el pasado. Tenía que evitar esos pensamientos. Muchas personas –profesores, amigos, todo el mundo– me habían dicho que era propensa a caer en ensoñaciones melancólicas. Pero ellos no comprendían que yo sentía... no sé... que me faltaba algo. Yo era un misterio para mí misma: un puñado de recuerdos fragmentados y oscuros lugares inexplorados. Mi cabeza estaba llena de secretos y había perdido el plano que me mostraba cómo encontrarlos.

Aparté la mano del vidrio frío, me alejé del espejo y bajé las escaleras. Mis padres se encontraban en la cocina tan conectados entre sí como de costumbre. Tenían un tipo de relación tan perfecta que a menudo me preguntaba cómo hallaban espacio para mí.

Sally rodeó con el brazo la cintura de Simon y apoyó la cabeza en su hombro.

–Nada mal. Querido, ¿recuerdas nuestra primera habitación cerca de Earls Court?

–Sí. Las paredes eran grises y todo vibraba cuando pasaba el metro debajo de la casa –le dio un beso en el pelo corto y castaño–. Esto es un palacio.

Sally extendió la mano para incluirme en el momento. Durante los últimos años, me había entrenado para no desconfiar de sus gestos afectuosos y le tomé la mano. Me apretó los nudillos en silencio reconociendo mi dificultad para acercarme a ellos.

–Estoy verdaderamente entusiasmada. Como si fuera Navidad.

Tenía debilidad por las celebraciones navideñas.

–Nunca lo hubiera imaginado –repuse con una sonrisa.

–¿Hay alguien en casa? –se oyó un golpeteo en la puerta del porche y una mujer mayor irrumpió en la sala. Tenía pelo negro con mechones blancos, piel morena y pendientes triangulares que colgaban casi hasta el cuello de su chaqueta dorada y acolchada. Cargada con una gran fuente, cerró la puerta hábilmente con el tacón.

–Aquí están. Los vi llegar. Bienvenidos a Wrickenridge.

Sally y Simon intercambiaron una mirada divertida mientras la mujer se acomodaba y colocaba la fuente en la mesa de la entrada.

–Soy May Hoffman, la vecina de enfrente. Y ustedes son los Bright de Inglaterra.

Aparentemente, la Sra. Hoffman no necesitaba a nadie más para mantener una conversación. Su energía era aterradora. Deseé tener la habilidad de una tortuga para refugiarme dentro de mi caparazón.

–Su hija no se parece mucho a ninguno de los dos, ¿no es cierto? –la mujer apartó una lata de pintura–. Los vi detenerse frente a la casa. ¿Sabían que su automóvil pierde aceite? Sería bueno que lo arreglaran. Pueden llevarlo al taller mecánico de

Kingsley y decirle que yo los mandé. Les hará un buen precio y no les cobrará el estacionamiento.

–Es muy amable de su parte, Sra. Hoffman –repuso Sally mientras me miraba con un gesto de disculpa.

–Para nosotros, es muy importante ser buenos vecinos –contestó la mujer con un gesto de la mano como rechazando el halago–. Tiene que ser así: esperen que pase el invierno y ya me entenderán –dirigió sus ojos sagaces hacia mí–. ¿Estás inscrita en tercer año de la escuela secundaria?

–Sí... eh... Sra. Hoffman –balbuceé.

–El semestre comenzó hace dos días, pero me imagino que ya lo sabes. Mi nieto está en el mismo año. Le voy a decir que te cuide.

Me asaltó una visión funesta de una versión masculina de la Sra. Hoffman arreándome por toda la escuela.

–Estoy segura de que no será necesario...

Me interrumpió con el brazo extendido hacia la fuente.

–Pensé que apreciarían un poco de comida casera para estrenar su nueva cocina –se sonó la nariz–. Veo que el Sr. Rodenheim finalmente se decidió a arreglar este lugar. Ya era hora. Le dije que esta casa era una vergüenza para el vecindario. Ahora descansen un poco y volveré cuando ya se hayan instalado.

Desapareció antes de que pudiéramos darle las gracias.

–Bueno –dijo Simon–. Eso sí que fue interesante.

–*Por favor* arregla la pérdida de aceite mañana mismo –rogó Sally con tono burlón sosteniendo las manos juntas a la altura del pecho–. No podría soportar estar presente si ella descubre que no has seguido su consejo... y va a regresar.

–Como la gripe –coincidió Simon.

–No es muy... mmm... británica, ¿no creen? –arriesgué.

Todos nos largamos a reír: la mejor manera de inaugurar la casa.

Esa noche, desempaqué mi maleta y coloqué todo en las gavetas de la vieja cómoda, que Sally me había ayudado a forrar con papel. Todavía olía a humedad y las gavetas estaban atascadas pero me agradó la pintura blanca y pálida. *Desgastada*, la llamó Sally. Yo sabía cómo era eso ya que había pasado muchos años con un gran agotamiento emocional.

Me puse a meditar acerca de la Sra. Hoffman y del pueblo al que habíamos arribado. Lo sentía tan diferente... tan extraño. Hasta el aire a esa altura no era suficiente y percibí un leve zumbido como de un dolor de cabeza latente. Frente a mi ventana y enmarcadas por las ramas de un manzano que crecía muy cerca de la casa, las montañas eran sombras oscuras recortadas contra el cielo gris de la noche nublada. Las cumbres se cernían sobre el pueblo como si fueran jueces que nos recordaban a nosotros, los humanos, nuestra insignificancia y fugacidad.

Dediqué bastante tiempo a elegir el atuendo que llevaría a la escuela el primer día y me decidí por unos jeans y una camiseta de *Gap*: lo suficientemente anónimo como para no destacarme por encima de los demás estudiantes. Al pensarlo dos veces, tomé un suéter ajustado con una inscripción de la *Union Jack* en dorado. Era mejor que aceptara quién era yo.

Eso era algo que Simon y Sally me habían enseñado. Ellos sabían cuán difícil me resultaba recordar mi pasado y nunca me presionaban. Decían que, cuando estuviera preparada, me

acordaría de todo. Para ellos, era suficiente que me mostrara tal cual era en ese momento; no tenía que disculparme por ser una persona incompleta. Aun así, no dejaba de sentir un miedo atroz ante lo desconocido que tenía delante de mí.

Sintiéndome algo cobarde, acepté el ofrecimiento de Sally de acompañarme a la oficina de la escuela para la inscripción. La secundaria de Wrickenridge se hallaba a un kilómetro y medio de nuestro barrio, cerca de la I-70, la ruta principal que conectaba el pueblo con los demás centros de esquí de la zona. Era un edificio que se notaba orgulloso de la función que cumplía. Sobre las enormes puertas, tenía el nombre esculpido en piedra y el parque se hallaba muy bien mantenido. El vestíbulo estaba cubierto de tableros con anuncios de las variadas actividades disponibles para los alumnos... o, tal vez, de lo que se esperaba de ellos. Pensé en el instituto donde podría estar de haberme quedado en Inglaterra. Escondido detrás del centro comercial entre una mezcla de edificios de los años sesenta, había sido un lugar anónimo y no un sitio del cual había que formar parte. Tuve la sensación de que, en Wrickenridge, *pertenecer* era algo muy importante. No estaba muy segura de lo que sentía al respecto. Supuse que estaría bien si lograba encajar en esa escuela nueva, pero sería malo si reprobaba el examen de integración.

Sally sabía que estaba nerviosa pero prefirió actuar como si yo fuera a convertirme en la alumna más popular de la escuela.

–Mira, tienen un centro de arte –señaló con alegría–. Podrías hacer un taller de cerámica.

–Soy completamente inútil para eso.

–Entonces música. Veo que hay una orquesta. Y, mira, hay porristas. Eso podría ser divertido.

–Sí, seguro.

–Te verías muy linda con uno de esos trajes.

–Me faltan unos treinta centímetros –indicó mientras observaba las piernas de jirafa de las porristas del afiche.

–Eres una Venus de bolsillo. Ojalá yo tuviera tu figura.

–Sally, ¿podrías dejar de hacerme sentir incómoda? –rogué. No sé por qué me molestaba en discutir con ella: aun cuando la altura no fuera un problema, no tenía la más mínima intención de llegar a ser una porrista.

–Básquet –continuó Sally.

Puse los ojos en blanco.

–Danza.

Ya parecía una broma.

–El club de los matemáticos.

–Para meterme allí, tendrías que darme un golpe en la cabeza –mascullé y la hice reír.

–Ya encontrarás tu lugar. Recuerda que eres especial –me apretó ligeramente la mano y empujamos la puerta de la oficina.

El secretario se encontraba detrás del mostrador, los lentes sujetos con una cadena alrededor del cuello rebotaban sobre el suéter rosado mientras apilaba los mails en los casilleros de los profesores. Al mismo tiempo, se las arreglaba para sorber café de un vaso de cartón.

–Ah, ¡tú debes ser la chica nueva de Inglaterra! Entren por favor –nos hizo señas de que nos acercáramos y le dio la mano a Sally–. Sra. Bright, Joe Delaney. ¿Le importaría firmar la solicitud? ¿Sky, verdad?

Asentí.

–Para los alumnos, soy el Sr. Joe. Tengo aquí un paquete

de bienvenida –anunció y me lo alcanzó. Vi que ya tenía una tarjeta de identificación de la escuela con mi foto. Era la que me habían tomado para el pasaporte, donde parecía un conejo enceguecido por los faros de un automóvil. Genial. Me pasé la cadena por la cabeza y escondí la tarjeta.

Cuando se inclinó sobre mí de manera confidencial, sentí el tufillo floral de su loción para después de afeitarse.

–Deduzco que desconoces cómo funcionan las cosas aquí.

–Es cierto –admití.

Dedicó los diez minutos siguientes a explicarme paciente-mente a qué cursos podía asistir y qué notas necesitaba para aprobar.

–Hemos diseñado un horario basado en las elecciones que hiciste al llenar la solicitud, pero recuerda que todo se puede cambiar. Solo tienes que avisarme –miró su reloj–. Te acompañaré directamente a tu primera clase.

Sally me dio un beso y me deseó suerte. A partir de ese momento, tenía que arreglarme por mi cuenta.

El Sr. Joe echó una mirada airada a un grupito de rezagados y los dispersó como un *collie* arreando ovejas reacias antes de conducirme hacia el área de Historia.

–Sky es un bonito nombre.

No quise contarle que lo habíamos elegido juntos hacía tan solo seis años al ser adoptada. Cuando me hallaron, no fui capaz de decirle a nadie mi nombre de nacimiento y no hablé durante varios años, de modo que la gente de los Servicios Sociales me había llamado Janet. *Solo Janet*, como había bromeado uno de mis hermanos adoptivos temporales, lo cual me hizo odiar ese nombre más que nunca. Un nombre nuevo

me ayudaría a comenzar de cero con los Bright y Janet quedó como segundo nombre.

–A mis padres les gustó –y yo no había sido lo suficientemente grande como para prever las bromas que recibiría en su momento. Sky Bright, *Cielo Brillante*: muy gracioso.

–Es tierno, imaginativo.

–Sí, claro –mi corazón latía con fuerza y tenía las manos húmedas. Me repetí que debía comportarme y no arruinar las cosas.

–Sr. Ozawa –exclamó Joe al abrir la puerta–. Le traigo a la alumna nueva.

El profesor japonés-norteamericano alzó la vista de su laptop, donde había estado repasando unas notas en la pantalla interactiva, y veinte cabezas se volvieron hacia mí.

Me miró por encima de sus anteojitos con forma de medalluna, el pelo negro y lacio le caía sobre los lentes. Tenía esa apostura propia de los hombres grandes.

–¿Sky Bright?

Una risita disimulada se extendió por la clase pero qué culpa tenía yo si mis padres no me habían advertido cuando elegimos el nombre. Como de costumbre, habían pasado por sus cabezas imágenes maravillosas y no mi futura tortura escolar.

–Sí, señor.

–Sr. Joe, yo me encargo de ella.

–Sky, no dejes de sonreír –el secretario me dio un empujoncito de aliento y se marchó.

Sentí la urgente necesidad de refugiarme bajo el pupitre más cercano.

El Sr. Ozawa pasó la diapositiva siguiente titulada “La Guerra Civil de los Estados Unidos”.

–Siéntate donde quieras.

Solo alcancé a distinguir un asiento libre, junto a una chica de piel color caramelo y uñas pintadas de rojo, blanco y azul. Tenía una melena increíble de rastas castañas y anaranjadas que le caían sobre los hombros. Le eché una sonrisa neutral y me deslicé al lado de ella. Me hizo un saludo con la cabeza y tamborileó las uñas en la mesa mientras el profesor repartía unas hojas. Cuando él se alejó, me rozó levemente la mano.

–Tina Monterey –se presentó.

–Sky Bright.

–Sí, ya lo escuché.

El Sr. Ozawa golpeó las palmas para llamar la atención.

–Muy bien, chicos, ustedes son afortunados en haber elegido estudiar la historia del siglo diecinueve de Estados Unidos. Sin embargo, después de diez años de dar clase, ya no me hago ilusiones y supongo que las vacaciones han borrado todo el conocimiento de sus cerebros. Por lo tanto, comenzaremos con algo fácil. ¿Quién puede decirme cuándo empezó la Guerra Civil? Y sí, quiero el mes exacto –sus ojos recorrieron una clase de expertos en bajar cabezas y se detuvieron en mí.

Maldición.

–¿Srta. Bright?

Cualquier dato que pudiera conocer de la historia norteamericana se esfumó como el Hombre Invisible al quitarse el traje y me quedé en blanco.

–Mmm, ¿ustedes tuvieron una guerra civil?

La clase lanzó un resoplido masivo.

Supuse que eso significaba que era un dato que yo debería haber sabido.



En el recreo, tuve la suerte de que Tina no abandonara a la británica despistada a pesar de mi triste desempeño en el aula y se ofreciera a mostrarme la escuela. Muchos de mis comentarios la hacían reír pero, me explicó, no se debía a que yo fuera graciosa sino muy inglesa.

–Tu acento es muy puro. Suenas como esa actriz... ya sabes, la de las películas de piratas.

¿Realmente sonaba tan elegante?, me pregunté. *Siempre había pensado que era demasiado londinense para parecer de clase alta.*

–¿Tienes algún parentesco con la reina o algo así? –se burló Tina.

–Sí, es algo así como mi prima tercera –contesté con seriedad.

–¡Eres muy chistosa! –exclamó Tina con los ojos abiertos.

–En realidad, lo soy... quiero decir chistosa.

Tina rio y se abanicó la cara con la carpeta.

–Por un momento, me engañaste. Estaba preocupada pensando que debía hacerte una reverencia.

–No te detengas.

Fuimos a la cantina a buscar el almuerzo y luego nos dirigimos con las bandejas al comedor. Había grandes ventanales que dejaban ver las canchas enlodadas y, más atrás, el bosque. Había salido el sol y las cumbres de las montañas estaban cubiertas de un brillo plateado. Algunos alumnos comían afuera reunidos en grupos que se diferenciaban por el estilo de ropa. En esta escuela secundaria, había cuatro años y las edades oscilaban entre los catorce y los dieciocho. Yo estaba en tercer año, uno más abajo de los mayores, que se graduaban ese año.

Agité mi lata de agua mineral hacia ellos.

–Dime, Tina, ¿quién es quién?

–¿Los grupos? –preguntó con una sonrisa–. Ya sabes, Sky, a veces creo que somos víctimas de nuestros propios estereotipos porque, aunque deteste admitirlo, todos nos amoldamos. Cuando tratas de ser distinta, terminas en un grupo de rebeldes todos iguales. La escuela secundaria es así.

Sonaba bien tener un grupo: era un lugar donde refugiarse.

–Creo que allá era igual. Déjame adivinar, ¿aquellos son los deportistas? –sugerí al encontrarlos idénticos a los personajes de cualquiera de las películas que había visto desde *Grease* hasta *High School Musical* y eran fáciles de distinguir gracias a que llevaban puesto el equipo de gimnasia.

–Sí, los fanáticos del deporte. En general son simpáticos aunque, lamentablemente, no hay muchos que tengan buen físico sino que, en general, no son más que unos adolescentes sudorosos. Los deportes más importantes son béisbol, básquet, hockey, fútbol femenino y fútbol americano.

–Eso es parecido al rugby pero con ropa muy acolchada, ¿no?

–¿Sí? –se encogió de hombros. Tuve la impresión de que no era muy atleta–. ¿Y tú practicas algún deporte?

–Corro un poco y alguna vez le he pegado a alguna pelota de tenis. Eso es todo.

–Me parece bien. Los deportistas pueden ser muy aburridos, ¿sabes? Piensan en una sola cosa... y no precisamente en mujeres.

Pasaron caminando tres alumnos enfrascados en una conversación sobre gigabytes con expresiones serias como si estuvieran negociando la paz de Medio Oriente. Uno hacía girar un *pendrive* en el llavero.

–Esos son los genios de la informática: son los más inteligentes y se lo hacen saber a todo el mundo. Parecidos a los *nerds* pero con más tecnología.

–Para ser justa, también hay otros que son brillantes –concedió Tina mientras yo reía–. Son inteligentes, llevan sus altos coeficientes mentales con altura y no se mueven en manada.

–Ayayay. No creo que encaje en ninguno de esos grupos.

–Yo tampoco: no soy tonta pero tampoco súper inteligente. Después está el modelo artístico: la gente de teatro y música. Yo creo que estoy dentro de ese grupo ya que me gustan el arte y el diseño.

–Entonces deberías conocer a mis padres.

Golpeteó las uñas en la lata con excitación.

–¿Quieres decir que formas parte de *esa* familia? ¿La que venía al Centro de las Artes del Sr. Rodenheim?

–Sí.

–Genial. Me encantaría conocerlos.

Una pandilla pasó delante de nosotras arrastrando los pies: chicos con los pantalones caídos como montañistas colgados de una saliente sin sogas de seguridad.

–Esos son algunos de los *skaters* –resopló Tina–. No tengo nada que agregar. Y no debo olvidarme de los chicos malos. No se juntan con nosotros los perdedores: son demasiado *cool* para estar acá. Es probable que estén ahora en la playa de estacionamiento con sus admiradoras comparando... no sé... carburadores, tal vez. Eso, si no los suspendieron. ¿Me olvidé de alguno? Hay unos pocos inadaptados –señaló a un grupito que comía apartado del resto–. Y luego tenemos nuestra propia comunidad de esquí de las Rocallosas. En mi opinión, es el mejor deporte

del pueblo –tiene que haber notado mi expresión preocupada porque me tranquilizó rápidamente–. Puedes pertenecer a más de uno: esquiar y ser atleta, actuar y tener las mejores notas. Nadie tiene por qué ser una sola cosa.

–Salvo los inadaptados –eché una mirada hacia los chicos que estaban aislados. En realidad no eran un verdadero grupo sino más bien una colección de personajes raros que no tenían con quién sentarse. Una chica mascullaba por lo bajo: por lo menos, no alcancé a divisar ningún signo que indicara que llevaba auriculares de manos libres para su teléfono. Me asaltó un pánico repentino de que terminaría entre ellos una vez que Tina se cansara de mí. Siempre me había sentido medio rara, no me resultaría muy difícil caer en el grupo de los realmente extraños.

–Sí, no te preocupes por ellos. Hay en todos lados –abrió el yogur–. Nadie les da mucha importancia. ¿Y cómo era tu escuela? ¿Como Hogwarts? ¿Chicos ricos con trajes negros?

–Eh... no –me atraganté de la risa. Si Tina nos hubiera visto en mi escuela durante el almuerzo, no pensaría en Hogwarts sino en un zoológico: dos mil chicos luchando durante cuarenta y cinco minutos para llegar hasta el estrecho comedor–. Éramos muy parecidos a ustedes.

–Genial. Entonces pronto te sentirás como en tu casa.

Antes de que Sally y Simon me adoptaran, había tenido gran experiencia en eso de ser nueva. En aquella época, había pasado de un hogar a otro como una cadena de cartas que nadie quería aceptar. Y, ahora, otra vez era una extraña. Vagando por los pasillos, plano en mano, me sentí horriblemente llamativa y perdida con respecto al funcionamiento de la escuela, aunque supongo que esa sensación estaba solo en mi mente.



Las aulas y los profesores se convirtieron en faros para orientarme; Tina, en una especie de roca a la que podía aferrarme cuando la marea me arrastraba hacia su lado. Pero traté de ocultar mi situación ya que no quería disuadirla de ser mi amiga por temor a verse asfixiada. Pasé horas sin hablar con nadie y tuve que obligarme a ignorar mi timidez y entablar conversación con mis compañeros. De todas maneras, tuve la sensación de que había llegado demasiado tarde: hacía años que los alumnos de la secundaria de Wrickenridge habían formado sus grupos y se conocían. Yo los observaba desde afuera.

Al llegar al final del día escolar, me pregunté si siempre estaría condenada a sentir que mi vida era una sombra fuera de foco, una película pirata de mala calidad. Insatisfecha y un poquito deprimida, crucé las puertas de la escuela para dirigirme a casa. Al abrirme paso a través de la multitud que salía en masa del edificio, capté un vistazo fugaz de los chicos malos que Tina había mencionado durante el almuerzo. Atrapados bajo un rayo de luz en el estacionamiento, no había nada confuso en ellos, pero sí tenían un marcado aspecto ilegal. Eran cinco varones recostados contra sus motocicletas: dos afroamericanos, dos blancos y un latino de cabello oscuro. En cualquier momento y lugar, uno habría pensado de inmediato que traerían problemas. Sus expresiones hacían juego: una mirada de desprecio al mundo de la educación representado por todos nosotros, los buenos alumnos, que salíamos obedientemente a horario. La mayoría de los estudiantes se mantenía lejos de ellos como barcos evitando una franja de tierra peligrosa; el resto les lanzaba miradas de envidia y se sentía tentado a acercarse.

Una parte de mí deseaba actuar de la misma manera: quedarme ahí, segura de mí misma, observando con desdén al resto del aburrido planeta. Qué bueno sería, si tan solo tuviera piernas largas, gran agudeza mental y una apariencia que hiciera que todos se detuvieran a mirarme. Claro que ser hombre ayudaba. Yo nunca podría lograr esa pose con la cadeira caída, los pulgares colgando de la hebilla del cinturón, pateando la tierra con la puntera de la bota. ¿Era algo natural en ellos o practicaban frente al espejo para conseguir el efecto? Aparté el pensamiento rápidamente, eso era algo que harían las fracasadas como yo. Seguramente, ellos tenían un aplomo natural, innato. El que me fascinaba particularmente era el de aspecto latino: los ojos ocultos tras las gafas, se reclinaba con los brazos cruzados contra el asiento de su motocicleta, el rey entre su corte de caballeros. No tenía que luchar contra la convicción de que le faltaba algo.

Mientras yo observaba, se trepó a la moto y la aceleró como un guerrero intentando despertar a un monstruoso corcel. Con escuetos saludos a sus compañeros, salió disparando del estacionamiento mientras los demás estudiantes se dispersaban. Yo daría todo por alejarme de la escuela en la parte de atrás de esa motocicleta y que mi caballero me llevara raudamente a mi hogar. Mejor aún, sería la conductora, la heroína solitaria que lucha contra la injusticia en su traje de cuero pegado a la piel, los hombres extasiados a su paso.

Una carcajada burlona interrumpió el hilo de mis pensamientos. *¡Escúchate por un momento!*, increpé a mi recalentada imaginación. ¿Guerreros, monstruos... superhéroes? Había estado leyendo demasiadas historietas del manga japonés. Esos

chicos eran de una raza distinta a la mía. Yo ni siquiera existía para ellos. Debería estar agradecida de que nadie pudiera ver dentro de mi cabeza cómo volaba mi imaginación. A veces, mi comprensión de la realidad era un poco precaria y permitía que mis ensoñaciones tiñeran mi percepción. Yo era la simple y sencilla Sky y ellos eran dioses: así funcionaba el mundo.